

DÍA INTERNACIONAL DE LA MUJER TRABAJADORA: UN DÍA DE LUCHA CONTRA LA EXPLOTACIÓN, EL MACHISMO Y LA GUERRA



“El Día de la Mujer Trabajadora de 1917 ha pasado a la historia. En este día las mujeres rusas levantaron la antorcha de la revolución proletaria e incendiaron el mundo. La revolución de febrero comenzó ese día.” (Kolontái)

El Día de la Mujer Trabajadora, 8 de marzo, tiene su origen en la lucha de la clase obrera. Las mujeres trabajadoras de Rusia, el 8 de marzo de 1917, marcharon por las calles de Petersburgo bajo el lema de clase “Abajo la guerra” y sacaron a sus maridos e hijos de las fábricas. Con soldados mezclados entre la multitud de obreros, las mujeres trabajadoras de Petersburgo habían desencadenado la revolución obrera mundial. El poder soviético, a su vez, realizó enormes avances en las condiciones de vida de las mujeres, por ejemplo, siendo el primer Estado de la historia en legalizar el aborto. Entre los cementerios de Europa y la ruina económica, el capital mundial finalmente jadeó horrorizado al reconocer que la clase obrera podía imponerse a la historia. Hoy en día, nuestra clase se enfrenta a ataques económicos masivos por parte de ese mismo enemigo que cada vez más considera el conflicto militar como la mejor solución a su crisis, y las mujeres trabajadoras se llevan la peor parte con demasiada frecuencia.

El panorama para las trabajadoras es desolador. En Estados Unidos, la legalidad del aborto ha retrocedido en numerosos estados desde la anulación del caso Roe contra Wade en 2022. En Irán, las mujeres que desobedecen la ley de modestia y protestan contra el Estado se enfrentan continuamente a una violencia policial mortífera. En Canadá, el gobierno mueve los pulgares mientras se filtran cada vez más pruebas sobre los horrores del feminicidio indígena. En todo el mundo, la violencia patriarcal se abate sobre las mujeres. Para los partidarios del “progreso democrático” esta regresión no tiene explicación. A pesar de todos los laureles que el capitalismo se otorga a sí mismo como liberador de la humanidad, la corona está cubierta de la espantosa sangre de las mujeres trabajadoras.

La sociedad capitalista, en lugar de haber progresado mediante una ilustración gradual, siempre ha sido impulsada por el propio capital. El estado capitalista puede otorgar derechos tan

rápida y arbitrariamente como puede quitarlos. Esas mismas victorias que las mujeres trabajadoras consiguieron durante la Revolución Rusa fueron arrebatadas por la doctrina estalinista, criminalizando el aborto para satisfacer las demandas de producir una nueva oleada de trabajadores. Peor aún, consideremos cómo la apelación feminista liberal a los “derechos de la mujer” se ha utilizado para justificar la barbarie, muchas veces contra las mujeres. Para salvar a las pobres mujeres de Afganistán y Yemen de sus propios hombres “bárbaros”, los “humanitarios” operadores de drones del ejército estadounidense disparan misiles “humanitarios” contra las bodas. Para “liberar” a Gaza de las garras del “retrógrado” Hamás, las muy “progresistas” FDI convierten bloques de apartamentos en montones de escombros, sobre los que izan una bandera del orgullo. Tal vez en ninguna parte esté más clara la contradicción entre la igualdad real y la igualdad de los derechos liberales que en la forma en que las dignidades básicas concedidas a las mujeres trans son enfrentadas a las mujeres cis, las primeras presentadas como depredadoras de las segundas por los reaccionarios, condenando a ambas a los horrores del patriarcado, enfrentando a mujer contra mujer basándose en algo parecido a la frenología.

La sociedad capitalista es un sistema social que arrastra el cieno en que se hunde. Estas formas de opresión cambian a medida que se ajustan a la lógica del capital. En la medida en que la igualdad puede realizarse en el capitalismo es una igualdad organizada de acuerdo con un mundo basado en la división y la explotación. El capitalismo puede ceder algunos derechos a las mujeres del mismo modo que puede quitárselos, ya que la verdadera fuerza motriz de esta sociedad es el capital. Si el feminismo favorece la acumulación capitalista, los patrones lo seguirán, siempre que no ponga en peligro el mantenimiento de la mayor parte de la humanidad en la miseria perpetua. Por lo tanto, nada impide que el capitalismo sea tan feminista como patriarcal, si el feminismo significa que las trabajadoras siguen siendo explotadas por las mujeres burguesas como sus iluminadas supervisoras. Si se cerrara la brecha salarial, si la jefa del Estado fuera una mujer y si las personas más ricas de la tierra fueran todas mujeres hechas a sí mismas, no cambiaría el hecho de que el capital tiene una necesidad constante de atacar la condición general de la clase trabajadora en su impulso para las ganancias. En este ataque, los sectores más precarios y marginales de la clase son agredidos aún más ferozmente. El

capitalismo sólo puede resolver superficialmente algunas de estas desigualdades; sus raíces se encuentran en la desigualdad fundamental que da vida al sistema, que es la relación salarial. Por lo tanto, la abolición de tan repugnantes condiciones sólo puede producirse mediante la abolición total de la sociedad de clases.

Algunas feministas modernas reniegan de sus homólogas liberales más convencionales, distinguiéndose como “radicales” o “interseccionales”. Sin embargo, este feminismo en última instancia sólo oscurece la centralidad de la clase en la historia. El feminismo, de esta manera, se refiere a un movimiento histórico específico que es inherentemente colaboracionista de clase - no puede ser utilizado como sinónimo de la lucha por la liberación de la mujer. Sólo la lucha de la clase obrera como clase para sí misma puede responder a la cuestión social. Que el feminismo sea un movimiento identitario, y no de clase, demuestra su existencia burguesa. La identidad de la mujer no trasciende las relaciones económicas fundamentales que constituyen la sociedad capitalista y sus corrientes políticas. La “identidad de la mujer” se utiliza como palanca para exprimir más beneficios de su explotación, y como propaganda para leonizar a la sociedad capitalista. Peor aún, aquellas feministas radicales que plantean la feminidad como una clase en sí misma (!!) sirven para perturbar y confundir a los trabajadores. Una mujer burguesa no está del mismo lado que una trabajadora, mientras que todos los miembros de la clase obrera tienen el mismo objetivo común. El feminismo más “radical” sólo puede ser una herramienta para situar a la mujer trabajadora en una alianza de clase con el capital, incompatible con la forma en que la política de clase comunista combate la opresión. Todo esto busca legitimar la justicia capitalista como un “mal menor”, igual que las sufragistas británicas reclutaron soldados para la primera gran matanza imperialista por “el rey y la patria”. Como comunistas, abogamos por más. No una alianza de clases por los “derechos de la mujer”, sino la unidad de la clase obrera por la liberación de la mujer y de toda la humanidad; por las trabajadoras como parte de la lucha de todos los obreros para tomar la iniciativa y destruir el sistema que explota a las masas trabajadoras.

El “progreso” capitalista palidece en comparación con el nuevo mundo al final de la lucha obrera. Pero en este día volvamos la vista a nuestra historia, la historia de la clase obrera, para comprender las formas concretas en que los trabajadores han triunfado sobre el machismo. La participación política de las

mujeres lograda en esta revolución no fue la de votar cada cuatro años, sino la de una participación constante y activa a través de los consejos obreros. En lugar del “progreso” capitalista de incorporar más mujeres a las fábricas para sustituir a sus homólogos masculinos, a través de las matanzas de la primera guerra mundial, el movimiento obrero internacional desencadenado por las obreras de Rusia fue el que puso fin de forma decisiva a la guerra imperialista.

Hoy en día, a pesar del asalto económico de la disminución de los salarios reales, los asaltos sociales que tratan de arrojar aún más a las mujeres trabajadoras a la precariedad, y la guerra imperialista que amenaza a los trabajadores de todo el mundo, las mujeres trabajadoras han estado en las primeras filas de la lucha de la clase obrera. Sectores tradicionalmente dominados por las mujeres como la educación y la enfermería se han presentado como algunos de los más combativos de la clase obrera. En 2022, los trabajadores educacionales de Ontario estaban a punto de desencadenar una huelga general que sólo se evitó gracias a acuerdos secretos entre los sindicatos y el Estado. En Gran Bretaña, las enfermeras en huelga han sido una continua llaga para el capital, sirviendo de punto de referencia para la lucha del resto de la clase. En Bangladés, las trabajadoras del sector textil, en su mayoría mujeres, han librado un conflicto directo con la policía, cuyos efectos han golpeado los bolsillos de las inversiones capitalistas en la moda en todo el mundo.

Es incorrecto dar a entender que la lucha de los trabajadores por reivindicaciones meramente económicas se transformará automáticamente en una auténtica emancipación de la mujer. Por el contrario, debe ser una lucha política consciente. El movimiento obrero debe reconocer su lucha como una lucha por la emancipación humana, y sólo a través del movimiento obrero puede haber la liberación de la humanidad. Para llevar a cabo esta lucha, nuestra clase necesita un partido comunista revolucionario internacional y centralizado, que dirija todas las luchas contra los ataques capitalistas hacia la lucha por una sociedad sin clases. Es inherente a la tarea histórica de nuestra clase disipar el machismo de sus propias filas, unificarse como clase y luchar por el poder. No puede haber la emancipación de la mujer sin la emancipación de los trabajadores. ¡No puede haber la emancipación de los trabajadores sin la emancipación de las mujeres!

-GOI y KB, afiliados norteamericanos de la TCI

COP28: un escaqueo climático

La resolución de la COP28 de la ONU en Dubái es simplemente otro compromiso que prioriza las necesidades de la acumulación capitalista ante la urgencia de la situación ambiental en deterioro. Esto no es simplemente debido a que la conferencia tuvo lugar en los EAU, o que Sultán al Jaber, el presidente de la conferencia, es el ejecutivo principal de la ADNOC, la compañía petrolera principal del estado. Este resultado no es para nada disimilar a todas las conferencias anteriores desde 1995, que han centrado sobre el costo social creciente del capitalismo. El objetivo muy elogiado de cero emisiones netas sólo cubre los combustibles fósiles no aplacados, lo que significa que una dominante progresiva puede ser demorada, y

que las emisiones de combustibles fósiles continuarán creciendo. Mantener el aumento global de las temperaturas bajo el objetivo de 1,5°C es todavía defendido como una prioridad a pesar de su imposibilidad. El objetivo del acuerdo de París de 2015 requiere que se reduzca la producción del carbono a la mitad antes de 2030. Esto no está ocurriendo de ningún modo, ya que empresas petroleras han estado acrecentando la producción para cobrar las preparaciones bélicas del capital, y estados como EEUU emergen como exportador dominante con el pretexto de la democracia contra Rusia.

La resolución llama para las naciones a “transitar para dejar atrás los combustibles fósiles en los sistemas energéticos, de forma justa, ordenada y equitativa, acelerando la acción en esta década crítica”, y recomienda que se limite la construcción de nuevas centrales

eléctricas de carbón y el aumento de inversiones en la construcción y la modernización de la energía verde y renovable. Fue recomendado que los estados incrementen sus inversiones en “tecnologías de bajas emisiones, incluidos ... los renovables, el nuclear, las tecnologías para atenuar o reducir las emisiones, como la captura del carbono”. La resolución de la COP28 llama para triplicar la capacidad de la energía nuclear antes de 2050 y para los estados y las instituciones financieras a priorizarla. Si la producción capitalista es “verde”, de “bajas emisiones”, o la energía renovable, continuará la expansión de las emisiones de gases de efecto invernadero; el capitalismo exige la acumulación constante para funcionar apropiadamente.

La resolución concluyente coincide con la guerra en Ucrania y el aumento en las tensiones

imperialistas, que ha llevado a la seguridad energética a la preeminencia. Jens Stoltenberg, el dirigente de la OTAN, lo ha declarado explícitamente, y busca poner fin a la dependencia sobre el petróleo y gas rusos, en adición a los componentes para la energía verde fabricados con tierras raras chinas. Esto no tiene nada que ver con la reducción de las emisiones de CO2.

continuado en la segunda página

